

## ACTUALIDAD DE LOS PADRES DE LA IGLESIA \*

Por A. SÁENZ, S.J. (San Miguel)

¿Cuál es la importancia del conocimiento de los Padres para la Iglesia de hoy? ¿Tiene actualidad la teología patristica? Tal es la cuestión que me he propuesto tratar. Antes de entrar directamente en materia no será inútil hacer un brevísimo recorrido por la historia y preguntarnos cuál ha sido en las diversas épocas el lugar que los Padres ocuparon en la atención de la Iglesia.

Ya desde los primeros tiempos se designaba a los obispos como "padres". Pero no está del todo claro si con este título se quería aludir a su condición de maestros o a su carácter de jefes de la comunidad. En todo caso, a partir del siglo IV, cuando alguien quería apoyarse en los obispos precedentes como testigos de la verdadera doctrina, apelaba a los "Padres". Este título de "Padres de la Iglesia" se aplicó de manera especial a aquellos que tomaron parte en el Concilio de Nicea. Ellos personificaron el principio de la *tradición*, como antiguamente los "ancianos" en el judaísmo. En la época del Concilio de Efeso adquiere plena vigencia el recurso a la prueba patristica. Más aún, aparece ya el primer teorizante de la autoridad doctrinal de los Padres, Vicente de Lerins, según el cual es Padre de la Iglesia aquel que enseña en la unidad de la fe y de la comunidad eclesiástica.

La Iglesia del Medioevo no aportó ninguna novedad esencial en materia de investigaciones patristicas. Es cierto que el estudio de los Padres constituyó la base y el fundamento de la primitiva teología escolástica. Pero no lo es menos que en el siglo XIII el interés por los Padres sufrió una merma evidente, salvo los casos aislados de S. Buenaventura, S. Tomás de Aquino y algunos más. Sin embargo, ya a partir de fines de ese siglo comenzó una activa labor de copia de las obras de los Padres: son los *scriptoriums* en donde se aducían sus sentencias como *auctoritates*. Y así aparecieron los florilegios o *catenae*, tanto en Occidente como en Oriente. El interés se volcaba casi exclusivamente a los contenidos doctrinales de los Padres con el objeto de probar las verdades de nuestra fe.

En la época del Humanismo y de la Reforma, los estudios patristicos experimentaron un viraje decisivo. Llevados de su afán.

\* Clase inaugural pronunciada al comienzo del Curso Lectivo 1970 en las Facultades de Filosofía y Teología de S. Miguel.

por redescubrir los valores de la antigüedad, los humanistas incluyeron también a los Padres en el vasto catálogo de su interés, pero considerando en ellos más el literato que el teólogo. Por otra parte, los protestantes, con su principio de la *sola Scriptura*, midieron la doctrina de los Padres según la norma de su fidelidad a la Biblia.

El Concilio de Trento significó una atención consciente y renovada a las investigaciones patrísticas. Nació entonces la así llamada "teología positiva", cuyos cimientos puso Melchor Cano. Con lo que se produjo un auténtico florecimiento de los estudios patrísticos: una vasta actividad editorial (los maurinos) y excelentes monografías. Sin embargo, todo este quehacer se limitaba a la doctrina teológica de los Padres.

En el siglo XIX cambió la situación. El espíritu de la Ilustración, hostil a toda revelación, y el predominio de la mentalidad científica, sobre todo en la Alemania protestante, dio origen a un nuevo tipo de investigación patrística totalmente orientada a la historia de los dogmas. En el campo católico fue la época de las grandes ediciones de los Padres, sobre todo la monumental de Migne, Patrología latina con 221 volúmenes, y griega, con 162. También apareció el Corpus de Viena, el Corpus de Berlín, la Patrología oriental, el Corpus scriptorum orientalium, Texte und Untersuchungen, Texts and Studies, etc.

Y entramos así en nuestro siglo con sus colecciones, sus manuales, y su creciente interés por los Padres no sólo en el aspecto doctrinal sino también en sus facetas humanas y literarias.

Llegados acá, volvamos a la pregunta de origen: ¿cuál es hoy en la Iglesia la actualidad de los Padres? Limitemos nuestra exposición a algunos aspectos fundamentales.

### 1. Los Padres y la exégesis

En primer lugar los Padres suscitan hoy especial interés por la calidad de sus *exégesis escriturísticas*. No me refiero tan sólo al interés que despiertan sus comentarios exegéticos propiamente dichos. Muchas de sus obras, sin ser trabajos de exégesis en el sentido específico de la palabra, sin embargo, son en cierto modo también exégesis: sus exposiciones dogmáticas, por ejemplo, proporcionan una presentación coherente de los datos escriturísticos; sus escritos apologeticos son una defensa de la fe tal cual se revela en la Escritura. Su piedad, su culto, su fe, son un comentario vivo de la Biblia. Esto se percibe aún en obras cuyo género parecería del todo extraño al comentario bíblico, como por ejemplo el género autobiográfico. Así las Confesiones, más aún que la historia de S. Agustín, son la historia de la gracia en el hombre. La historia contada con el telón

de fondo de la Escritura. A este respecto nota Cristina Mohrmann que el lenguaje de las Confesiones es conscientemente bíblico, inspirado sobre todo en el Salterio; según ella, los tres últimos libros son una retranscripción de la historia espiritual de Agustín en el marco de los primeros capítulos del Génesis.

No es de extrañar este abrevarse de los Padres en la Escritura. Ellos estaban más cerca que nosotros, no solamente de los autores bíblicos, sino también y sobre todo de los hechos centrales de la historia de salvación, siendo por ello testigos más autorizados de la persona y de la obra de Cristo que los autores que estudian la Escritura quince siglos después.

Juntamente con esta impregnación bíblica que caracteriza el conjunto de las obras de los Padres debemos señalar, como es natural, los comentarios que expresamente redactaron acerca de la Escritura. El número de tales comentarios es ingente. Si entramos a analizar el tipo de *exégesis* que caracteriza esos comentarios debemos decir ante todo que en ocasiones se juzga de ella con ignorante desprecio como si tal exégesis se redujese a una serie de alegorismos, juegos pueriles y ejercicios de imaginación. Quienes tales cosas afirman están lejos de la verdad: la exégesis de los Padres tiene fundamentos serios y profundos. Y constituye un complemento necesario a la actual exégesis crítica, por otra parte indispensable. Al analizar el Antiguo Testamento los Padres conservaron conjuntamente la dimensión histórica, que Orígenes llama "la letra", y la dimensión cristológica, es decir, la dimensión espiritual y eclesial. No que en los Padres no haya a veces alegorías y elucubraciones imaginativas. Pero dejando de lado esas exageraciones, es innegable que los Padres nos presentan la Escritura bajo una luz insospechada. Nos hacen leer el conjunto de las Escrituras a la luz de Cristo.

Según S. Ireneo, Cristo es el tesoro escondido en el campo que es el mundo, el tesoro escondido en las Escrituras. Y ésta no es una afirmación personal de Ireneo. Para los Padres en general no hay sino dos sentidos de la Escritura: uno el literal, que es el del texto, el sentido pretendido por el autor; y otro el tipológico, que no es un sentido distinto pero que en muchos casos pudo haber sido ignorado por el autor humano, aunque nunca por Dios. Todas las realidades sustanciales del Antiguo Testamento acaban, así, por confluir en Cristo: personajes, hechos e instituciones, tienen primeramente una realidad histórica propia que constituye la base para una interpretación literal de los textos, y en segundo lugar son una especie de prefiguración de las realidades definitivas del Nuevo Testamento. La diferencia que va del Antiguo al Nuevo Testamento es la que va de Cristo prefigurado a Cristo presente. "Toda la obra contenida en los

Libros Santos —escribe S. Hilario— anuncia con palabras, expresa por hechos, corrobora con ejemplos la venida de nuestro Señor Jesucristo”. Todo el Antiguo Testamento es un “tipo” —de ahí el adjetivo “tipológico”— de Cristo.

De este modo el plan de Dios a través del Antiguo Testamento fue el de ir *preparando* la venida del Hijo de Dios. Hasta que El llegó y pudo decir: *Ego sum*. Yo soy aquel anunciado por los principales hechos —“tipoi”— del Antiguo Testamento; Yo soy aquel anunciado por las principales profecías —“logoi”— del Antiguo Testamento; *tipoi kai logoi*, dirían los Padres: tipos y palabras, o sea hechos y profecías. Porque el principal cometido de los profetas consistió en explicar el sentido de los “tipos”: ese fue su “logos”: profetizar que lo que sucedió una vez en el plano real de los hechos, sucedería otra vez pero en un nuevo plano, más elevado, y definitivo: habría una nueva creación, un nuevo diluvio, un nuevo paso del Mar Rojo, una nueva alianza. Así el hombre, poco a poco, al decir de S. Ireneo, se fue *acostumbrando* a Dios, al modo de ser de Dios, a su modo de obrar y de salvar. Toda una pedagogía. Cristo es, así, el recapitulador de la historia, el Hecho supremo y el Logos hecho carne.

Las exégesis patrísticas presentan, pues, a Cristo como meta del Antiguo Testamento. Cuando analizan, por ejemplo, la creación de Eva del costado de Adán, la relacionan con la creación de la Iglesia que brota del costado de su Esposo dormido en la cruz, costado de Cristo que, atravesado por la lanza, derramó agua y sangre, el agua del Bautismo y la sangre de la Eucaristía, sacramentos con los cuales se edifica la Iglesia; entonces el Señor pudo decir de su Esposa lo que Adán dijera de Eva: Esta es carne de mi carne, y hueso de mis huesos. Tal interpretación no es arbitraria. Tiene su fundamento en la misma Escritura que nos presenta a Cristo como al nuevo Adán. Y ha pasado a la liturgia del agua en la Vigilia Pascual. Exégesis tipológica que mira a Cristo, pero al Cristo total, al Cristo que vino y al Cristo que vendrá, así como también a la Iglesia, que es el modo de subsistir Cristo entre nosotros, y a los sacramentos, gestos de Cristo con los que la Iglesia se construye sin pausa.

Cristo - Iglesia - Sacramentos - Escatología: tal es el gozne fundamental sobre el que gira gran parte de las exégesis patrísticas. Un aporte hoy novedoso, que puede satisfacer nuestra contemporánea tendencia a la historia, a concebir todo a la luz de la historia de la salvación cuyo centro es Cristo, el Señor de la historia. Y de ahí los Padres, por así decir, deducen el dogma, la mística, la espiritualidad, la moral cristiana. Más tarde se marcaría una diferenciación quizás excesiva entre espiritualidad, exégesis bíblica y teología; separación que, objetivamente necesaria, por razones de método, no

dejaría de traer algunos inconvenientes sobre todo por distanciar la vida espiritual de sus fuentes bíblicas. Además, como dice André Benoit, la exégesis de los Padres nos permite encontrar como una especie de contrapeso a la sequedad y vacío espiritual de no pocos comentarios actuales que, con la intención —loable— de hacer ciencia e historia, pasan con frecuencia al costado de la dimensión fundamental de la Escritura. Los Padres ponen la Escritura a nuestro alcance, pero la Escritura leída en la tradición, en el seno de la Iglesia, a la luz de Cristo.

## 2. Los Padres y la teología

Si pasamos del campo de las Escrituras al campo de la *teología* podemos apreciar una vez más el valor y la actualidad de los Padres. Cayré, en su introducción a la patrística, llega a decir que “la formación teológica quedaría incompleta sin el estudio de la teología de los Padres”. Es exacto. Porque si la exégesis de los Padres ofrece para nosotros un real interés, como lo acabamos de mostrar, lo mismo debe decirse de su teología especulativa merced a la cual pusieron en fórmulas los resultados de sus estudios bíblicos. Pensemos que los Padres están en el origen de las grandes decisiones dogmáticas tomadas en Nicea y en Calcedonia. Tales decisiones tienen ante todo una actualidad que podríamos llamar *negativa*. Al rechazar los Padres las herejías de su época, nos muestran los caminos falsos por los cuales no debe transitar el pensamiento teológico. Al condenar el arrianismo, los Padres de Nicea nos enseñan que toda tentativa por rebajar a Cristo al nivel de las creaturas, por minimizar su plena divinidad, es un camino que hay que evitar. Al condenar a Nestorio, los Padres de Efeso nos muestran que la divinidad y la humanidad de Cristo no pueden ser exaltadas en detrimento de su dualidad de naturalezas. El valor de esas decisiones está en haber impedido las falsas soluciones. Su actualidad consiste en que nos recuerdan constantemente que tales salidas están bloqueadas, si es que queremos permanecer fieles a la Iglesia. Porque la historia nos muestra que esos errores vuelven a presentarse periódicamente a lo largo de los siglos.

Pero la importancia de las decisiones dogmáticas y de las elucubraciones teológicas de los Padres no tienen tan sólo un valor negativo, sino que encierran un aporte *positivo*. Porque a ellas debemos la primera presentación sistemática de los grandes misterios de nuestra fe: la Trinidad, la Cristología, los Sacramentos...

Se podría decir que los Padres, en sus estudios teológicos, no sólo se entroncan con la tradición, sino que *son* la tradición, la tradición viva. Ningún abismo entre la tradición recibida y la tra-

dición anunciada. Cuando nosotros pensamos hoy en la tradición, nos referimos espontáneamente a un pasado ya lejano. Los Padres no pensaban en ello: eran tradicionales por su mismo obrar y pensar. No innovaban, no querían innovar: la fe que defendían y explicaban era la enseñada por la Escritura, era la fe de Nicea. Y se nota cuánto respeto ponían delante la autoridad de sus próximos predecesores: S. Ireneo citaba a los presbíteros de Asia, y S. Agustín hacía gran caso de lo que dijo S. Cipriano.

Los Padres están en el corazón mismo de la tradición. La reciben y la transmiten. Que eso significa *traditio*: entregar, dar lo que se recibe, una antorcha que pasa de generación en generación. Es significativo pensar cómo los Padres, confrontados con problemas inéditos, usaron lo que se podría llamar “el argumento tradicional”. Por ejemplo, cuando trataron de la divinidad del Espíritu Santo, negada o puesta en duda por los Pneumatómacos, el gran argumento de los Capadocios fue el tradicional uso de bautizar no sólo en el nombre del Padre y del Hijo sino también del Espíritu Santo, una de las tres divinas hipóstasis. Tal argumento encierra una idea profunda: la herejía es esencialmente una separación, una voluntad de ponerse aparte de la fe común, de la comunión eclesial, de las generaciones, de la auténtica tradición. Y por ende condenarse a la esterilidad: porque sólo es capaz de crear el que ha sido fecundado por las generaciones.

Pero los Padres no se contentaron tan sólo con *mantener* la tradición, como quien mantiene un depósito recibido y agotado. Se esforzaron por profundizar la fe. Es aquello de la “*fides quaerens intellectum*”. Buscaron *la inteligencia de la fe*. Y en este sentido sus escritos nos reservan grandes sorpresas. La lectura atenta de sus obras podrá abrir aún hoy caminos insospechados a la antropología, a la teología de los sacramentos; dará nuevas bases a la unidad que hoy tanto amamos entre cristología y soteriología; ofrecerá un fundamento teológico a la relación entre María y la Iglesia. Los Padres son un pozo vivo donde siempre podremos ahondar. En ellos encontraremos admirables síntesis de toda la teología, desde puntos de vista a veces enteramente diversos, sea a partir de la idea de recapitulación en Ireneo, sea del concepto de ascensión en Orígenes, o de divinización en Atanasio, o de teología de la historia en Agustín.

### 3. Los Padres y la pastoral

Otra faceta de los Padres que justifica su permanente actualidad es su gran experiencia *pastoral*. La mayor parte de ellos fueron obispos y, por tanto, a sus preocupaciones teológicas unieron la responsabilidad pastoral. Esta característica de los Padres es quizás una de las que mejor determina su fisonomía. Muchos de sus escritos

son actos pastorales: sermones al pueblo (porque al principio sólo el obispo predicaba, y era una de sus obligaciones primordiales), cartas al clero o a sus fieles, tratados de controversias, etc. Ellos no conocieron la relativa tranquilidad del hombre de gabinete, que se entrega al ocio de la especulación, ni la holgada situación de un profesor de Universidad. Vivieron en medio de disputas doctrinales que a veces degeneraron en tumultos callejeros y debían pronunciarse acerca de ellas. Y tomar posición a la vez como teólogos y como obispos, responsables de la ortodoxia y de la fe de los simples.

Quizás debemos decir que antes que teólogos fueron catequistas. Si no, piénsese en las catequesis mistagógicas de un Cirilo de Jerusalén, o en los sermones de un Juan Crisóstomo. S. Agustín nunca permitió que otro lo reemplazara en la preparación de los catecúmenos al bautismo. Entrar, pues, en contacto con los Padres es entrar en contacto con auténticos guías de almas. Por eso el estudio de los Padres es de extrema utilidad para la formación de un “pastor”; así como de un orador sagrado: Bossuet reconocía que toda su elocuencia la debía a la lectura asidua de los Padres.

Asimismo los Padres son de gran actualidad en lo que atañe al conocimiento de la *liturgia*, no sólo en el plano teológico sino también en el nivel pastoral. La liturgia cristiana, limitada prácticamente a lo esencial en sus orígenes, se fue elaborando en el curso de los primeros siglos gracias al esfuerzo y a la inteligencia de los Padres. Y así aparecieron las grandes liturgias orientales y occidentales, que tomaron el nombre del Padre que las preparó: liturgia de S. Basilio, liturgia de S. Juan Crisóstomo, etc. Esas viejas liturgias, algunos de cuyos textos han sido de nuevo puestos en uso, conservan aún hoy el gusto fresco de la Escritura original. A este respecto nota el protestante André Benoit que la liturgia católica, por su especial apego a los Padres, conservó muchos elementos de esas antiguas liturgias y por medio de ellas mantuvo contacto con la Escritura, cosa —dice— que no ha sucedido en la liturgia de las Iglesias brotadas de la Reforma.

### 4. Los Padres y la cultura

Otro rasgo de los Padres, el último al que nos referiremos, es su peculiar relación con la *cultura del ambiente* que los rodeó. Porque advertimos cómo en sus escritos usaron los Padres del platonismo, del plotinismo, del aristotelismo, para expresar el contenido de nuestra fe. Aunque debemos decir que al principio los Padres vieron en la cultura extrabíblica algo peligroso y aún malo. Quizás el primero que dejó de maldecir al helenismo fue S. Justino quien consideró la cultura griega como prolegómeno del cristianismo, “semilla del Verbo divino”.

Algunos años después aparece otra gran figura, Clemente de Alejandría quien, luego de convertirse, quiso ensamblar el helenismo, que conocía a fondo, con el cristianismo. Detengámonos un poco en este autor ya que es prototípico de la actitud que luego seguirían casi todos los Padres. “Hay dos opiniones sobre la filosofía griega —nos dice—: según algunos, toca la verdad, pero en brumas y de modo incompleto; según otros, ha recibido su impulso del demonio... Yo pienso que la filosofía griega no capta la verdad en su totalidad, admito también que es radicalmente impotente para hacer practicar los mandamientos del Señor; pero sin embargo prepara el camino a la doctrina real por excelencia..., prepara al hombre para que se deje penetrar por la verdad”. Sobre este presupuesto Clemente elaboró en su obra capital —Stromata— toda una teoría sobre el uso de la cultura profana, incluyendo la física, la geometría, la ética, para culminar con la metafísica y la teología. Se sintió también atraído por la retórica o el arte del buen decir; y exaltó a los poetas griegos destacando sus similitudes con la Escritura, relacionando por ejemplo a Isaías con Homero.

Y notemos que no se trató tan sólo de una simpatía espontánea sino razonada. Basándose en aquello del Apóstol de que la sabiduría de Dios se manifestó “de muchos y muy diversos modos” enseña que se manifestó por el Antiguo Testamento, por el Nuevo, y por la Filosofía: por ésta —dice— Dios educó a los griegos, así como por la Ley educó a los judíos, para que todos fueran a Cristo. “¿Quién es Platón —llega a afirmar— sino Moisés que habla griego?”. Y en otro lugar escribe: La filosofía griega tiene verdades desmembradas, son las verdades del Verbo eterno; pero si se juntan de nuevo los trozos esparcidos y se reconstituye la unidad con la revelación, se podrá contemplar al Verbo integral.

Tal es para Clemente la excelencia de la filosofía griega. Aún más: “Creemos dice— que la filosofía ha sido dada, sobre todo a los griegos, como un testamento que les era específico, y que fue para ellos como un escalón hacia la filosofía que es Cristo”. Se daría, pues, un primer testamento con dos vertientes: la vertiente del que llamamos Antiguo Testamento, y la vertiente de la filosofía griega; y un segundo testamento que sería lo que llamamos el Nuevo Testamento. Y esos dos testamentos —agrega— contribuyen aún ahora a hacer del catecúmeno ya bautizado un cristiano “gnóstico”, es decir, perfecto.

No sé si será exagerado decir que Clemente fue —juntamente con S. Justino— el creador de la *teología eclesiástica*, uno de los primeros en mostrar la utilidad de la filosofía en orden a la teología. Cosa que llevaría adelante su discípulo, el genial Orígenes. Y luego la mayor parte de los Padres orientales y occidentales, culminando

esta grande y secular propedéutica en Santo Tomás cuyo valor principal reside, a mi entender, en haber sabido armonizar sistemáticamente los elementos de la Tradición patristica y de la cultura griega.

Hay otro sintoma de esta disposición general de los Padres frente a la cultura del ambiente. Me refiero a la actitud que tomaron ante los *misterios paganos*. Sabemos que gracias a esos misterios los fieles de determinado culto eran iniciados en su religión a partir de una purificación inicial que culminaba en la epopteia o revelación de las cosas santas. Al principio, como es natural, los Padres combatieron enérgicamente dichos misterios, acusándolos de haber imitado demoníacamente ideas e instituciones cristianas como el bautismo, el banquete sacro, etc. Pero en el siglo IV, decayendo el paganismo y por consiguiente sus misterios culturales, los Padres ya no consideraron imprescindible mantener sus objeciones, sino que, incluso para expresar las realidades del culto cristiano, consintieron en adoptar algunas expresiones del vocabulario de los ya exhaustos cultos misticos: así los bautizados fueron llamados “memneménoi”, iniciados; su maestro fue el “mistagogos”; y la enseñanza que impartía la “mistagogía”. Sin que esto significara la menor aceptación de los contenidos doctrinales de tales misterios.

La actitud adoptada por los Padres, sea frente a la cultura profana, sea frente a los misterios paganos, constituye una enseñanza aún hoy valedera. El Concilio Vaticano II nos exhorta a no desconocer los elementos positivos de la cultura que nos rodea. Es claro que para que la asimilación de tales elementos sea realmente constructiva será necesario imitar el procedimiento de los Padres: antes de incorporar elementos ajenos a nuestra fe en ocasiones será menester exorcizarlos de todo lo impuro. Como se hace en el bautismo. La enseñanza de los Padres es, pues, útil y actual.

De todo lo dicho creo que se deduce con suficiente claridad cuáles son los valores permanentes de los Padres, sea en el orden de la exégesis bíblica, como en el campo de la investigación teológica, de la actividad pastoral, y de la relación con la cultura. Por no agregar la importancia que su estudio puede ofrecer al ecumenismo, ya que los Padres actuaron en una época previa a las tristes divisiones que nos afligen, y además todas las confesiones cristianas reconocen la validez de las decisiones teológicas tomadas por los grandes concilios de la antigua Iglesia. La patristica estudia ese período de la historia de la Iglesia que parte de la unidad para ir hacia la división. Y ahora, en el siglo XX, añoramos la unidad perdida: partiendo de la división caminamos hacia la unidad. Así el período patristico y el período actual de la historia de la Iglesia se invitan uno al otro como un camino inverso, como un movimiento antitético. Por todos estos motivos el estudio de los Padres tiene aún hoy total vigencia.